

Quitados los oscuros embarazos  
Con resplandor del sol recién venido,  
Henchimos cantidad de calabazos  
Vuelta ceniza con agi molido;  
Porque si les hiciésemos pedazos,  
Volados al lugar fortalecido,  
Los polvos que tocasen las narices  
Pudiesen menealles las cervices;  
Reconocido por negocio cierto,  
Que con la fuerza de los estornudos  
No tenía vigor el mas esperto  
Para se reparar con los escuderos;  
Y así podrían dar en descubierto  
Las flechas y los jaculos agudos,  
Porque tales industrias son arduas  
De que caribes usan en sus lides.

En este parecer determinados,  
Hecha de muchedumbre viva rueda,  
Teníamos los vuestros rodeados  
Como corles en el arboleda:  
Vuelan los calabazos, y quebrados  
Dentro se levantó gran polvareda;  
Todos en estornudos son iguales,  
No siendo salutíferas señales.

Por entre palos hacen buen empleo  
Los que quieren estar con advertencia;  
Pues cuando de los cuerpos hay meneo,  
Impelidos de aquella violencia,  
Los bárbaros cumplían el deseo  
Que daba prontitud y diligencia,  
Para poder encaminar la flecha  
Donde con harto daño se desecha.

El breve batallón anda turbado,  
Unos heridos, otros ya sin vida;  
Quitamos luego palos del cercado,  
Por donde se metió tal avenida  
Que ningún español hallaba vado,  
Remedio, ni esperanza de huida;  
Solos diez alentados de buen brio  
Por defensa tomaron un hubio.

Parecíos tenellos en pibuelas,  
Y dado fin á la cruel reyerta;  
Mas ellos con espadas y rodela  
Defienden el entrada de la puerta:  
Cortan á tantos las vitales telas,  
Que huellan todos sobre gente muerta;  
Arana y maestré Joan, un cirujano,  
A quien alcanzan no lo dejan sano.

Viendo pues tantos indios en el fuerte  
Que de vivir quitaban esperanza,  
Jugaron ambos la postrera suerte,  
Acrecentando siempre la matanza:  
En tal manera ya, que de su muerte  
Tomaron antes della la venganza,  
Encaminando sus crueles manos  
A los que se mostraban mas lozanos.

Oyéndolo sus gentes, de corridas  
Procuraron mostrarse con ventaja;  
Y así por acabar las tristes vidas  
De aquellos por quien tanto se trabaja,  
Tiraron muchas flechas encendidas  
Para quemar la casa que es de paja,  
La cual, como tuviese flacas ramas,  
Consumieron en breve vivas llamas.

Ardor de valentía se mitiga  
Porque desconfianza los ligaba;  
Impetuosa llama y enemiga,  
Los bajos y los altos ocupaba:  
Calor intolerable los fatiga,  
El fumoso vapor los ahogaba;  
Eso me da lo flaco que lo fuerte,  
No tenía que ver sino la muerte.

Como nos acontece si cazando  
Cercamos las zavasas en el fuego,  
Que lo que aquí y allí se va juntando,  
Y varios animales salen luego  
Algun lugar seguro rebuscando,  
Uno medio quemado y otro ciego,  
Y adonde quiera halla cazadores,  
Opuestas llamas, humos y calores;

Así los tristes desaventurados  
Las puertas del vivir tienen cerradas,  
Pues se vian de fuego rodeados,  
Por indios las salidas ocupadas;  
Y así cayeron todos chamuscados,  
De flechas las entrañas traspasadas,  
Y aun en los cuerpos ya sin sentimiento  
No cesaban castigos y escarmiento.

Con esto dimos fin á la revuelta  
Y concluimos toda la jornada,  
Muerta de nuestra gente la mas suelta,  
Y la que quedó vida lastimada:  
Enterramos los nuestros, y á la vuelta  
A Diana hallamos aborceda,  
Que viendo de los vuestros la caída  
No quiso sin su vida tener vida.

El vivo finalmente, y el difunto,  
Ha metido las manos en la masa,  
El poder de la isla vino junto  
Sin señalarse número ni tasa;  
Y aquesta es sin esceder un punto  
La cierta relacion de lo que pasa,  
No los queráis vengar, pues está claro  
Que cada cual nos cuesta harto caro.

Oidos los sucesos inhumanos,  
No dichos por semejas ni barruntos,  
Sino por quien metió los pies y manos  
Relatando la guerra por sus puntos,  
Hicieron diligencias de cristianos,  
Que fué rogar á Dios por los difuntos;  
Y en el lugar do fueron descompuestos  
Pusieron cuatro versos, que son estos:

*Hæc Cruz ostendit sedatum sanguine litus  
Gentis, quæ ignotus, primum migravit ad Indos,  
Sæpe preces longas pro victis fundite, namque  
Unius ob noxam cunctos mala fata tulerunt.*

Este lugar adornó Con oración, con ayuno,  
Aquesta cruz soberana, Sé por ellos importuno,  
Porque aquí se derramó Y con piadosos modos,  
La primer sangre cristiana Pues por la culpa de uno  
Que al nuevo mundo pasó. Aquí perecieron todos.

### ELEGIA III.

A la muerte de FRANCISCO BOVADILLA, donde ansimismo se cuenta cómo Colon continuó su descubrimiento, y otras muchas cosas que sucedieron en aquella sazón.

#### CANTO PRIMERO.

Engrandezca Melpómene su llanto  
Con discursos de mas calamidades,  
Alentando mi voz y ronco canto  
En otra multitud de variedades;  
Aunque no cantaremos tanto cuanto  
Han menester particularidades,  
Solamente daremos orden cómo  
Se digan las que fueren de mas tomo.

Hecho pues por Colon el sentimiento  
Que á los amigos muertos se debía,  
Luego determinó buscar asiento  
Donde poner la gente que traía:  
Las velas manda dar al manso viento,  
Por la banda del norte hace vía,  
Hasta tanto que vió lugar decente,  
Do sacó los ganados y la gente.

Puerto seguro fué donde procura  
Largar las anclas y amainar la vela,  
De buenas playas y cabal fondura  
Para nave mayor que carabela;  
Por entonces allí hacen cultura  
De ciudad que llamaron Isabela,  
A la contemplacion que el nombre muestra  
Por Isabel la santa reina nuestra.

Luego nombró de la mayor nobleza  
Para regir personas fidedinas,  
Y vista desta isla la grandeza,  
Dió tierras á las gentes peregrinas:  
En el Cibao hizo fortaleza  
Para los que labrasen en sus minas,  
Dicha Santo Tomás, porque creyeron  
Habellas desde que ya los ojos vieron.

Mandándole que dellas no se quite,  
Para la defension de sus partidos,  
Al alcaide don Pedro Margarite  
Con cincuenta soldados escogidos;  
Y que para labrallas ejercite  
Indios en tales usos instruidos,  
Los cuales y ansimismo gente nuestra  
Cada dia sacaban mejor muestra.

Todo lo necesario se les lleva  
Para desentrañar estos veneros,  
Y hecha dellos conviniente prueba,  
A nuestros reyes hizo mensajeros;  
Un Pedro Gorrvalán llevó la nueva  
Con cantidad crecida de dineros:  
Muéstranse favorables y propicios  
A tan heroicos hechos y servicios.

Acabados de dar estos asentios,  
El Hércules insine y animoso  
Tomó de sus soldados los doscientos,  
Conсорcio principal y valeroso  
Para continuar descubrimientos,  
Pareciéndole mal mucho reposo:  
Y para gobernar las demás gentes  
Quedaron sus hermanos por tinientes.

Apartado Colon destos lugares,  
Todos los españoles que quedaban  
En sus repartimientos de solares  
Con un vivo fervor edificaban,  
No sin graves pasiones y pesares  
De los indios, que todo lo notaban;  
Los cuales, viendo cosa tan de veras,  
Dieron en no hacer sus sementeras.

A lo cual estas gentes conmovian,  
Porque faltándoles mantenimientos,  
Ansí los que de España se traian  
Como los que ellos daban por momentos,  
Los nuestros morirían ó se irian,  
Viendo que perecían de hambrientos;  
Y así, por aliojar en su cultura,  
Sobre todos cayó la desventura.

Porque los alimentos consumidos  
Que de nuestra nacion por mar venian,  
Para ser de los otros socorridos  
Los nuestros á los indios acudian;  
Los cuales, por estar desprovovidos,  
De pestilencial hambre perecian.  
¿Que palabras serán aquí bastantes  
Para decir miserias semejantes?

Pues á cualquiera parte donde fueres  
Hallaras por los campos divertidos  
Hambrientos los maridos sin mujeres,  
Las mujeres hambrientas sin maridos,  
Los hijos sin regalo, sin placeres,  
De paternal regazo despedidos,  
Chupados, consumidos, y de suerte  
Que eran propio retrato de la muerte.

Bien como las abejas en enjambre  
Vagaban, olvidados sus asentios;  
Sin alimento fresco ni fiambre,  
Sin sentido, sin fuerzas, sin alientos:  
Al fin, debilitados de la hambre,  
Caian de quinientos en quinientos,  
Tendidos por los campos y riberas  
Por cebo de las aves carniceras.

No hizo mortandad tan gran cadena  
En la ferocidad del rey Atila,  
Ni tanta por los campos de Ravena,  
Gente que España y Francia recopila,  
Ni turco por Belgrado ni Viena,  
Cuando sus moradores aniquila,  
Ni del gran Taborlán la brava bueste,  
Cuántas aquí causó tan grave peste.

Pueblos pudieras ver sin moradores,  
Que todos los dejaban y huian;  
Intolerables eran los hedores  
Que purísimos aires corrompian;  
Y ansimismo los nuevos pobladores  
No menos desventuras padecian,  
Pues sus mejores ratos y mas ciertos  
Era hacer fosados para muertos.

Allí los arrojaban á montones,  
Juntos los principales y notables;  
Oh cuántas quejas, cuántas maldiciones  
Sonaban en la furia destos males,  
Abominando todos los Colonos,  
Por les hacer dejar sus naturales!  
En tratos, en palabras, en figura  
De hambre cada cual era pintura.

Traian los cabellos erizados,  
Los ojos en las cuencas muy metidos,  
Los labios en color amortiguados,  
Los dientes descarnados, carcomidos:  
Los cueros á los huesos van pegados,  
De pálido color como teñidos;  
Sin ninguna cubierta las estillas,  
Y claras y patentes las costillas.

Otros hubo tan gordos de hipatos  
Como si prometieran nuevos partos,  
Comiendo hasta suelas de zapatos,  
Con el grande hervor de verse hartos:  
Y consumidos ya perros y gatos,  
Daban tras las culebras y lagartos,  
Sumos regalos eran los cories,  
Hutias, mohuyes y quemies.

Al tiempo que lo tal acontecia  
En el lugar que tengo referido,  
Don Pedro Margarite padecia  
No menos confusion en su partido;  
Pues de la poca gente que tenia  
Las dos partes habian perecido,  
Y créese por vello desta suerte  
Que le pudieran indios dar la muerte.

Pues para defension no son cabales  
En tiempo tenebroso ni con lumbre,  
Mas dióle gran seguro destos males,  
Su buena condicion y su costumbre;  
En ser bien quisto destos naturales  
A quien no consintió dar pesadumbre,  
Pues viendo que comida no tenían  
No les importunaban, ni pedian.

Pero viéndolo tan enflaquecido,  
Secas y consumidas las mejillas,  
Un indio principal, de comedido,  
Le presentó dos vivas tortollillas,  
Mostrósele muy bien agradecido,  
Dando por recompensa mil cosillas;  
El indio no las dió con tal intento,  
Mas en efecto se volvió contento.

Viendo las pajarillas y presente,  
Entre tanto que Dios mas provoyese  
Fué muy importunado de su gente  
Las mandase matar y las comiese,  
Y que se holgarian grandemente  
De que por ellos esto se hiciese,  
Pues era poco cebo para uno  
Y para tantos menos que ninguno.

En esta tempestad que tantos doma  
El mosén Pedro dió como bueno,  
«Pues todos padecemos la carencia,  
No es justo proveer un solo seno,  
Y que mireis vosotros, y yo coma,  
Y esteis todos vacíos é yo lleno.»  
E luego por un término galano  
Soltó las tortollillas de la mano.

No van las tortollillas al desgaire  
Estendiendo sus alas por los vientos,  
Antes con ligerísimo donaire  
Volaron y dejaronlos hambrientos;  
Y todos con los papos llenos de aire,  
Quedaron como hartos y contentos,  
Encareciendo de comun sentencia  
Su valor, su virtud y su prudencia.

Entre las otras cosas sucedidas  
Donde estaban las otras compañías,  
Flacas, atribuladas y afligidas,  
Con hambre de gran número de días,  
Un hombre padeció graves heridas  
Dadas por un mancebo, Miguel Diaz,  
El cual tuvo por bien, visto su cargo,  
Hacerse por los montes a lo largo.

Huyendo por aqueste desatino  
La pena del delito recelando,  
Por tierras nunca vistas peregrino  
De gentes enemigas confiando,  
A la parte de sur hizo camino,  
Isla de mar á mar atravesando,  
Adonde balló gente mas lucida,  
Muy sana y abundante de comida.

Por las orillas va de fresco rio,  
Bien puesta poblacion y populosa,  
De cierta mujer es el señorío  
No menos avisada que hermosa:  
Parecióle ya grande desvario  
Jornada tan al claro peligrosa;  
Pero viéndose dentro de la danza,  
Destos salvajes hizo confianza.

La hambre lo sacó de la montaña,  
Cuyos extremos son muy atrevidos,  
Los indios de ver cosa tan estraña  
A gran admiracion son conmovidos:  
Con señales de paz los desengaña,  
Y con grandes suspiros y gemidos,  
Haciendo conocer por los meneos  
Su gran necesidad y sus deseos.

Los indios lo bajaron de aquel viso  
No sin alborotada compañía,  
Deseando del tal tener aviso  
Si viene contra ellos por espla;  
Diéronle de comer como lo quiso,  
Cosa que bien al caso le hacia,  
Y con el gran rumor que se publica  
Llevaronlo delante la cacica.

El cual, con una muestra mesurada,  
Por señas ofrecia su servicio,  
Y es cierto que después de su llegada  
En estas gentes hubo gran bullicio;  
Porque por ser preseña señalada  
Quisieron hacer della sacrificio;  
Pero la dicha reina destas gentes  
Mirábalo con ojos diferentes.

Pues con gran aficion de su cautivo  
Juzgaba por pesado desconcierto  
Matar al miserable fugitivo  
Que viene por hallar seguro puerto;  
Y deseaba mas gozallo vivo  
Que por sus santuarios vello muerto:  
Es mozo, gentil hombre, desbarbado,  
Y ansi quiso tomallo por eriado.

Favorecia mucho su partido,  
Y libre ya del mal que represento,  
Mostróle por semblante conocido  
Su muy libidinoso pensamiento;  
Finalmente, tomólo por marido,  
Y celebró con él su casamiento,  
Y el tiempo que duró peregrinando  
En ella y en sus tierras tuvo mando.

Dijole que hiciese paz y guerra  
De preseas, riquezas y tesoro,  
Descubrióle sécretos de la tierra  
Y entre ellos caudalosas minas de oro;  
Notaba de los llanos y la sierra  
Su gran fertilidad y su decoro,  
Y el dicho Miguel Diaz grandemente  
Deseaba traer allí su gente.

En aprender vocablos cada día  
Vivia con grandísimo cuidado,  
Ella con gran regalo le servia,  
Y fué por su respeto respetado:  
Mas aunque por extremo la queria  
Deseaba salir de mal estado,  
Y de tan gran grandeza dar noticia  
Con alcanzar perdon de la justicia.

Andando pues con este presupuesto,  
Buscaba coyunturas y sazones  
Para por algun modo bien compuesto  
A la india decir sus intenciones;  
Ella que via bien su triste gesto,  
Le dijo: «si valiesen mis razones,  
Grande deseo tengo que me digas  
La causa de tus penas y fatigas.»

El Miguel Diaz dijo: «pues, señora,  
Mi tristeza tenéis tan conocida,  
Yo conozco que sois mercedora  
De principes, y dellos ser servida;  
Pero Miguel cristiano, Haxa mora,  
Entrambos juntos hacen mala vida,  
Es menester que cumplas mi deseo  
Creuyendo firmemente lo que creo.»

Ella le dijo: «luego se concluya  
Aquello que, señor, por bien tuvieres,  
Para que tu salud no se destruya,  
Y de mi voluntad no desesperes  
Creuyendo ser ajena de la tuya;  
No queriendo yo mas de lo que quieres,  
A tí cumple decirme de qué suerte,  
Que yo te seguiré hasta la muerte.»

«El efeto tenemos entre manos,  
Si quisieres mostrarte diligente  
En ir á llamar luego tus hermanos  
Llevando compañía de mi gente;  
Porque teniéndolos aqui cercanos  
Yo los sustentaré bastantemente,  
Que bien sé cómo viven y sus modos,  
Y cómo ya de hambre mueren todos.»

Pues como la cacica respondia  
Con lo que Miguel Diaz tiene gana,  
Semejantes palabras le decia  
Con rostro y apariencia cortesana:  
«¿Cuándo podré servir, señora mia,  
Oferta de merced tan soberana?  
De mas de qué la vida que sostengo  
Es vuestra, pues que yo por vos la tengo.»

«Quiero cumplir aquese mandamiento  
Para poder gozar merced tan llena,  
Que yo sé que vernán en el momento,  
Y todos lo ternán á dicha buena;  
Con ellos no terné detenimiento  
Por me tirar acá de la cadena.»  
La india se holgó de la respuesta,  
Y mucha gente hizo luego presta.

Aderezóse buen matalotaje  
De joyas y preseas, ricos dones,  
Por ablandar la furia y el coraje  
Que contra él tenían los Colonos;  
Púsose con los indios en viaje  
No sin dolor de entrambos corazones,  
Y como fué por via bien guiada,  
En pocos días hizo la jornada.

Con escuro llegó como discreto,  
Y atrás dejando gente que llevaba,  
A tales intenciones va sujeto  
De primero saber lo que pasaba;  
Y aquel con quien trató de su secreto  
Cualquiera sinsabor aseguraba,  
Porque su contendor estaba sano  
Y sin necesidad de cirujano.

Destos negocios bien asegurado  
Y cierto de la vida del viaje,  
Luego se vió con el adelantado  
Bartolomé, caudillo desta gente;  
Que como de su casa fué criado,  
Fué luego perdonado blandamente,  
Y hizo, dando fin á novedades,  
Entre los enemigos amistades.

Hechas aquestas cosas, otro día  
Que después desta noche fué siguiente,  
Llegó la gran caterva que traía  
Con el necesarísimo presente:  
Alentóse la triste compañía  
Con muestra de comida tan patente,  
Al Miguel Diaz dueñas y varones  
Echaban un millon de bendiciones.

Dió mas á los Colonos embajada  
De parte de su dama la cacica,  
Y en totuma de oro bien labrada  
Muestra de mina grandemente rica,  
Y para la nacion desconsolada  
Hartura y abundancia les publica;  
Y ansi por ver socorro tan divino  
Deseaban volar este camino.

A cabo ya de tres ó cuatro días  
Que dió la relacion tan verdadera,  
Bartolomé Colon con Miguel Diaz  
Determinaron ir á la lijera,  
Por no mover aquestas compañías  
Sin hallar los asientos y ribera;  
Fueron también soldados codiciosos  
Y fray Buil con ciertos religiosos.

Caminaron por pasos conocidos  
De quien guiando va por la floresta;  
Fueron por el camino proveídos  
Siempre con abundante mesa puesta:  
Llegados todos fueron recebidos  
Con grandes aparatos y gran fiesta,  
Las calles y las plazas enramadas  
Y de flores y rosas tapizadas.

Ver la señora luego se procura  
Dentro de su cercado de dos puertas,  
A quien no le faltaba hermosura  
Con un no sé qué don de gracias ciertas:  
Cubierta por de yuso la cintura,  
Las demás proporciones descubiertas,  
Muy llena y adornada su persona  
De lo que por acá llaman cacana.

Allá por ciertas formas los copetes  
Compuestos por encima de la frente,  
Que parecían crestas en almetes,  
Sembrada mucha perla transparente;  
En los molledos ricos brazaletes,  
Fino collar con águila pendiente,  
Riquisimos pomares de chaquiras  
Con piedras esmeraldas y zafiras.

Habia muchas dueñas y doncellas  
En la casa real, que la servían,  
Y eso me da las feas que las bellas  
Por el mismo nivel se componían;  
Y ansi generalmente todas ellas  
De grande desengaño se vestían,  
Pues no cubrían sayas ni ropones  
Las buenas ó las malas proporciones.

Entrando pues Colon al aposento  
Con aquella no vista compañía,  
Ella los recibió con el contento  
Y término que vió que convenia,  
Sin le faltar razon ni cumplimiento  
De llena y acabada corteza;  
Y estas primeras vistas acabadas,  
A todos hizo dar buenas posadas.

Otro día la vieron ansimismo,  
Y el padre fray Buil, como debía,  
Dijo las excelencias del batismo  
Por un indio ladino que traía,  
Con aquella razon de catecismo  
Que tan alto negocio requeria;  
Ella mostró contento de sabello,  
Y sintió bien y estuvo bien en ello.

Puesta con contricion en buen camino,  
El sobredicho padre determina  
De dalle sacramento tan divino  
Y de llamalla doña Catalina;  
Bartolomé Colon fué su padrino;  
Honróse de la gente peregrina,  
Regocijense los padres y los hijos  
Con bailes y con otros regocijos.

Acabada la fiesta y el sarao,  
Determinó la nueva convertida  
De enviar á las minas del Cibao  
Gente con abundancia de comida,  
La cual acompañó micer Girao  
Con gente nuestra bien apercebida,  
Y fué necesarísimo convite  
Al noble mosén Pedro Margarite.

Después de socorrer estos varones  
Con fortuna mejor y mano diestra,  
Conocidas las grandes aficiones  
De que los dos amantes hacen muestra,  
El fray Buil les dió las bendiciones  
Por orden de la Iglesia madre nuestra,  
Y fueron los mestizos que este tuvo  
Los primeros que en estas tierras hubo.

Visto por el Colon ser todo cierto  
Lo que mis breves versos han contado,  
Determinó también mirar el puerto,  
Y lo halló ser bien acomodado;  
Hizo con la cacica su concierto  
Para traer su pueblo fatigado,  
Con que el río tuviesen de por medio  
Hasta poder hallar mejor remedio.

Pues como quien padece gran aprieto  
Con larga dilacion se desconsuela,  
Bartolomé Colon, como discreto,  
En socorrer los suyos se desvela;  
Y para dar el orden con efeto  
Determinó volver á la Isabela,  
Haciendo cortesana despedida  
Del Miguel Diaz y de su querida.

Recebió de la india ricos dones  
Ansi de oro como pedreria;  
Tuvo sus cumplimientos de razones,  
Ni cortos ni de grande demasia;  
Dióle regalos, dióle provisiones,  
Y para las llevar gran compañía,  
Con la cual, que sus pasos fué guiando,  
Llegó donde lo estaban esperando.

Dió nuevas á la gente castellana  
Diciendo: «ya cesó la desventura,  
Pues habemos hallado tierra sana  
Y llena de grandísima hartura;  
Por tanto disponeos de mañana  
Para ir á hacer nueva cultura,  
Desterrando de vos toda tristeza,  
Pues tenéis entre manos gran riqueza.»

Aquel que mas entonces desconfia  
Despierta con tan buena confianza;  
No se puede decir el alegría  
Que el pueblo recibió de su mudanza;  
Y para ir á ver lo que decia  
Cualquiera brevedad era tardanza;  
Pues al son de los sonos que esto cantan  
Hasta los mas enfermos se levantan.

Como presos que en cárcel envejecen  
Estando detenidos tras las redes,  
Esperando las penas que merecen  
Sin otra confianza de mercedes;  
Y en un momento todos desaparecen  
Si por ventura rompen las paredes,  
Y no les dan fatigas ni cuidados  
Las mantas y colchones rezagados;

Ansi por ir en ciertas carabelas  
Porque por mar hacian el viaje,  
Dejaban setecientas alhauelas  
Sin querer esperar otro pasaje;  
Antes apriesa dan todas las velas  
Hasta que ya llegaron al paraje,  
Donde surgieron quinto día justo  
Del mes que nos nombró César Augusto.

El año fué de mil y cuatrocientos  
Con otros cuatro mas sobre noventa;  
Desembarcaron todos muy contentos  
En la parte que ya se representa:  
Puerto bien amparado de los vientos  
Y poco combatido de tormenta,  
Y aquella gran distancia de ribera  
Labrada y cultivada donde quiera.

Ozuma por allí tiende su boca,  
Y hace la ciudad bien proveida,  
Y hoy es imperio donde se convoca  
Incógnita nacion ya conocida;  
Rodéala la mar con fuerte roca  
Que de sus bravas ondas es herida,  
Santo Domingo ponen al asiento,  
Porque tal día fué su fundamento.

Cómienza cada cual con prestas manos  
De fabricar adonde se metiese,  
Y allí se recogieron los hispanos  
Por querer la caica que ansi fuese:  
Pero por movimientos soberanos  
Colon no quiso que permaneciese,  
El almirante digo, y sus soldados,  
Que vino después destos ya mudados.

Holgó de las mudanzas y concierto  
Hecho con Catalina la caica:  
Gran contento le dió también el puerto,  
Y muestra de oro grandemente rica;  
Dió cuenta cómo había descubierto  
La isla que se dice Jamaica,  
Y otras muchas que no son memoradas  
Por ser secas y desaprovechadas.

Después que descansó con sus varones  
Dejó por algún tiempo los navios,  
Por calar mas adentro los rincones  
Y desta isla ver los señoríos;  
Descubrió prepotentes poblaciones,  
Magníficas riberas, ricos ríos,  
Y luego consultó con sus hermanos  
Poblar otros dos pueblos de cristianos.

El uno fué la villa de Bonao,  
Y el otro Santiago de la Vega,  
Donde fué capitán micer Girao,  
Y catedral iglesia se congrega;  
Sacó de los peligros del Cibao  
Al noble mosén Pedro su colega,  
Mas por alcaide de la fuerza queda  
El capitán Alonso de Hojeda.

Ordenadas las cosas en que toco  
Segun la brevedad nos encamina,  
Al pueblo de la Ozama me convoco,  
Do Cristóbal Colon se determina  
Que dél se pasen todos poco á poco  
A la parte de doña Catalina;  
Mas el efeto principal fué cuando  
Ya gobernaba Nicolas de Ovando.

Mas comenzó Colon la tal mudanza  
A las otras riberas de la Ozama,  
Debajo voluntad y confianza  
Del dicho Miguel Diaz y su dama,  
Por ser asiento de mejor templanza  
Y que por mas llanura se derrama;  
Y así hicieron en aquel asiento  
Casas con mas zanjado fundamento.

El bosque su lugar desembaraza,  
Escómbrense las playas destos mares,  
Dan á su poblacion graciosa traza,  
La gente principal y populares,  
Señálase la iglesia, dase plaza,  
Repártense por orden los solares:  
En los cuales andaban negociados  
Capitán, escuadrones y soldados.

En esto colocaban pensamientos,  
Porque la principal plática era:  
«Terná mi casa tantos aposentos  
Aquí será zaguán, allí escalera.»  
Otros andan abriendo los cimientos,  
Otros acarreaban la madera,  
Otros igualan sabios oficiales  
Y buscan necesarios materiales.

No se ve por allí floja la mano  
De la mayor edad ni mozo tierno,  
Porque ya por la sierra, ya por llano,  
O van ó vienen con hervor eterno,  
Ansi como hormigas en verano  
Buscando los sustentos del invierno:  
Bajos y altos, rústicos, discretos,  
A la justa labor están sujetos.

Veréis llenos caminos y calzadas  
De hombres naturales y novicios,  
Veréis en muchas calles señaladas  
Usarse diferentes ejercicios,  
Veréis levantar casas torreadas,  
Veréis crecer los altos edificios,  
Veréis cómo la isla se hacia  
Principio desta nueva monarquía.

Veréislos ansimismo mal parados  
Con males que la nueva tierra cria,  
Veréis algunos tiempos ya pasados  
Volver á su lozana gallardia,  
Veréis arrastrar sedas y brocados  
De que galán y dama se vestia,  
Veréis ir en aumento los caudales  
Y las sagradas rentas y reales.

Veréis labrar madera con estremos,  
Talar el alto monte y arboleda,  
Traella por la mar con vela ó remos,  
O ya con torpe rastra, ya con rueda;  
Pero porque después proseguiremos  
Desta ciudad ilustre lo que queda,  
Vanos á lo que mas en pronto llevo,  
Haciendo para ello canto nuevo.

## CANTO SEGUNDO,

Donde se cuenta las revoluciones que hubo en la Española entre Colón y los que allí estaban, y cómo los reyes proveyeron sobre ello, y lo que mas aconteció en las guerras que de indios tuvieron.

No les puede dañar benevolencia  
A los que fueron bien afortunados;  
Mas tengo yo por cierta la sentencia  
Dicha por los presentes y pasados,  
Que prósperos sucesos con prudencia  
Pocas veces están acompañados;  
Y en estos menos veces hay mudanza  
Guiando sus negocios con templanza.

Esta dicen faltar á los Colonos;  
Pues como sus riquezas van creciendo,  
Y van en crecimiento linchazones,  
Mil buenos afrentando y abatiendo;  
Y así las españolas condiciones  
Con llena libertad de gran estruendo  
Formaban cada dia gran querrela,  
No sé si con razon ó fuera della.

Mas sé que de las tales turbaciones  
Y pesadumbre que se padecia,  
Hubo muertes, azotes y prisiones  
Que el doto fray Buil reprehendia,  
Pareciéndole mal las sinrazones  
Y aquel rigor notable que corria;  
Encontráronse todos ellos luego  
Avivando las llamas deste fuego.

Pues visto no bastar reprehensiones  
Para templar aquellos movimientos,  
Con entredichos y descomuniones  
El fray Buil seguía sus intentos;  
Para satisfacerse los Colonos  
Privábanlo de todos alimentos;  
Unos y otros andan de mal arte,  
Y con harta pasion de cada parte.

No falta susurron que el fuego ceba,  
Y así prevaleciendo desafueros,  
Las orejas del rey tocó la nueva  
Dada por diferentes mensajeros;  
Mas como no constó bastante prueba  
Por tener cada parte sus terceros,  
El rey mandó venir á Joan Aguado,  
Que no lo fué para cualquier cuidado.

El rey le dió sus cartas de creencia,  
Poder para las causas copioso  
Despachóse con grande diligencia,  
Por ser perjudicial mucho reposo;  
Despidióse de la real presencia,  
Prosigue su viaje trabajoso,  
Vidose con la gente descontenta  
Año de cinco sobre los noventa.

Pregónanse reales provisiones  
Con otros bastantísimos recados,  
Obedecido fué destos varones,  
Ansi de libres como de culpados;  
Hizo con retintid informaciones  
Con hombres buenos desapasionados,  
Resultaron de las litispensiones  
Contra Colon algunas impaciencias.

El Joan Aguado, visto que le daña  
Al Cristóbal Colon algun mal seso,  
Mandó que se partiese para España  
Y en corte se presente como preso;  
Desto se recibió pasion estraña  
Por la balanza del contrario peso,  
También, aunque por términos mejores,  
Fué fray Buil y otros competidores.

Partieron finalmente destos mares,  
Las inquietas ondas navegando,  
Y delante los reyes singulares  
Llegó Colon y su contrario bando;  
Tuvieron muchos darses y tomarses  
Ante la majestad del rey Fernando;  
Fué Cristóbal Colon reprehendido  
Y á su primer honor restituído.

En tanto que el Cristóbal padecia  
Estas inquietudes y vaivenes,  
Bartolomé Colon acá regia  
Siendo coadjutor Roldán Jimenez,  
Entre los cuales no menos habia  
Algunos sinsabores y dedenes,  
Porque las cosas que Roldán ordena  
Bartolomé por malas las condena.

Conocidos aquellos movimientos  
En las parcialidades de los nuestros,  
A las armas dirigen sus intentos  
Caciques poderosos y hombres diestros,  
Creiendo que serán sus vencimientos  
No dudosos, escuros, ni siniestros,  
Siendo desta consulta la persona  
De aquella gran mujer Anacaona.

Aquesta fué mujer de Coanabo,  
Hermana del cacique Behechio,  
Querida destos dos por todo cabo  
Y respetada del demás gentío;  
Y aun de castidad fué menoscabo,  
Para guerras no tuvo pecho frio;  
Esta pues, el negocio conocido,  
Determinó hablar á su marido.

«¿Es posible tener tanta blandura  
Los tristes y alligidos corazones?  
¿Es posible que pierda coyuntura  
Venganza de tan grandes sinrazones?  
¿Y que para matar á gente dura  
De la mano solteis las ocasiones,  
Siendo la mayor parte dellos idos,  
Y los que restan ya mal avenidos?»

«Volved, volved las armas á las manos  
Y còbrese la libertad perdida,  
Acaben crudelísimos tiranos,  
Causadores de nuestra mala vida;  
Esfúercense los mozos y los canos  
Para tomar enmienda merecida;  
Porque si buscan horas convinientes  
Mejores no las hay que las presentes.»

«El campo tienen ellos por seguro,  
Pues de nosotros nadie se recela,  
Solamente se velan con escuro,  
Y aun esto con turbada centinela;  
Aquellos baluartes de su muro  
Bien puede deshacellos la candela;  
Quitemos de nosotros esta plaga  
Antes que mas por tiempo se rehaga.»

«Si muerte temporal estais temiendo  
Con juicios de vanas opiniones;  
Y qué mayor que estar siempre muriendo,  
Con tantas y tan grandes aficiones?  
¿No veis cómo nos vamos consumiendo?  
¿No veis desiertas nuestras poblaciones?  
¿No veis lamentaciones de viudas  
Y casadas, de todo bien desnudas?»

«¿No veis todas las sierras y los llanos  
Llenos de calaveras y de huesos,  
De hijos, y de padres, y de hermanos,  
Muertos en tan tiránicos escesos?  
¿Qué diré de los vivos y los sanos,  
Cuyos agravios vemos mas espesos,  
Pues que de muerte son sus esperanzas,  
Sirviéndoles en minas y labranzas?»

«Oh grave sujecion, oh gran afrenta  
Para quien libre della se gozaba!  
¿Cuál es el corazon que no revienta  
Llorando?» Y aun también ella horaba  
Al tiempo que estas cosas representa,  
O ya de compasion, ó ya de brava;  
De tal suerte, que el indio su marido  
De su persuasion quedó vencido.

Doliéndose de vivos y defuntos  
Y de la sujecion de nuestras leyes,  
Concertáronse pues en breves puntos,  
Para dar libertad á tantas greyes;  
Y sin mas dilacion partieron juntos  
A convocar los principes y reyes,  
Con determinaciones mal seguras,  
Pues no daban seguro sus venturas.

Hay en la gran provincia de Jaragua,  
Entonces de grandísimo gentío,  
Un bello y admirable lago de agua  
Cerca del cual moraba Behechio,  
Hermano de la niña que esto fragua  
Y rey de muy estenso señorío,  
Belicoso varon, sabio, prudente,  
Y en valor de riquezas eminente.

Y estando por ventura descuidado  
De semejantes guerras y pasiones,  
Llegaron la hermana y el cuñado  
A dalle cuenta de sus intenciones;  
Y para perfeccion de lo tratado  
Ella supo decir tales razones,  
Que pudo despertar para su hecho  
Olvidados furores en su pecho.

Holgóse de lo ver Anacaona  
Con tan impetuosos accidentes,  
Y de cómo juró por su corona  
De convocar sus deudos y parientes,  
Y de no le faltar por su persona  
Con dos ó tres mil buenos combatientes;  
La cual, visto que estaba de su banda,  
Por otros reinos lleva su demanda.

Otro lago demás de lo que cuento  
Hay en las altas sierras encumbradas,  
Donde Nizao hace nacimiento,  
Las orillas del lago despobladas  
Por el alborotado movimiento,  
Y voces espantosas, mal formadas;  
La terribilidad del cual estruendo  
A todos los mortales es horrendo.

Es tal aquel murmurio, que no pueden  
Comportar sus ruidos los humanos,  
Ni menos entender de qué proceden  
Las voces los vecinos comarcanos;  
Y aun el dia de hoy también escuden  
Los mas altos ingenios castellanos,  
Y huyen con recelo de la pena  
De llegar á la parte donde suena.

Mas dos se concertaron cierto dia  
De ver aqueste lago muy de veras:  
Un hidalgo llamado Joan Mejía,  
Con otro mozo Pedro de Lumbreras;  
Fueron aquestos dos en compañía  
Subiendo las aspérrimas laderas;  
Y aquel ruido, como vocería,  
Cuanto mas se llegaban mas crecía.

Con ruido de tanta pesadumbre  
El Mejía paróse de turbado,  
El Pedro de Lumbreras con mas lumbrere  
Hizo su paso mas apresurado,  
Hasta que ya llegó sobre la cumbre  
Y vido bien el lago memorado,  
Tiempo que dijo tres veces el credo  
Con gran temor y descompuesto miedo.

Tendió la vista por los derredores;  
Pero no vido mas que el agua y cielo,  
Y las terribles voces y clamores  
Que le hacian erizar el pelo;  
Crujíanle los dientes con temblores,  
Y así se bajó luego con recelo,  
Al lugar do dejó la compañía,  
Del cual bajaron ambos á porfía.